



INTRODUCCIÓN

Guillermo Castro

Director Académico Asociado
Fundación Ciudad del Saber

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual, cuando se los descomponen en antecedentes, agrupaciones, accesiones, incidentes coadyuvantes e incidentes decisivos, cuando se observa como la idea más simple, o el acto más elemental, se componen de número no menor de elementos, y con no menor lentitud se forman, que una montaña, hecha de partículas de piedra, o un músculo hecho de tejidos menudísimos: cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana, parecen pueriles esas generalizaciones pretenciosas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos.

José Martí, "Serie de artículos para *La América*". "Artículos varios". *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo 23, p. 44.

Del intercambio de experiencias a la identificación de oportunidades de cooperación; del contraste de visiones a la construcción de visiones compartidas. Tales fueron, en lo más esencial, los efectos que dejó en sus participantes el III Encuentro Iberoamericano de Medio Ambiente, realizado en Panamá en noviembre de 2005. Era lógico que resultase así, pues culminaba la primera fase del trayecto recorrido entre el 2003 y el 2005 por los dos encuentros anteriores, en Santiago de Chile y Madrid. Y resultó lógico, también, que de ese encuentro surgiera el acuerdo de dar juntos el siguiente paso, y establecer como tema del IV Encuentro la discusión de las perspectivas, y la identificación de los retos y las oportunidades, para el fortalecimiento de la cooperación para el desarrollo sostenible entre Iberoamérica y Europa.

Había, por supuesto, coincidencias de más honda raíz. En España, los Congresos Nacionales del Medio Ambiente se habían iniciado en 1992, y desde allí habían crecido y madurado hasta llegar a ser el formidable evento que son. De este lado del mar que nos vincula, 1980 había sido un año de fundación, al inaugurarse en plenitud – con la publicación de la antología *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en la América Latina*, bajo la coordinación de Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo – la discusión del tema al más alto nivel académico en Iberoamérica. Y los caminos que llevaban al encuentro del 2006 tuvieron aún, quizás sin que lo supieran los caminantes, otros dos momentos de encrucijada común.

El primero, en 1990, cuando cooperaron Iberoamérica y España en la publicación del libro pionero *Medio Ambiente y Desarrollo en América Latina. Una visión evolutiva*. El segundo, en 1992, cuando tuvo lugar el evento a cuya preparación fue dedicado aquel libro: la Conferencia Mundial sobre Ambiente y Desarrollo celebrada en Rio de Janeiro, en 1992. La Agenda 21 allí aprobada, en efecto, proporcionó la visión de conjunto y el programa de acción necesarios para vincular en una misma voluntad las preocupaciones

que hasta entonces habían venido expresando por separado, y a menudo enfrentados entre sí, las comunidades académicas, científicas y empresariales, las organizaciones ambientalistas de las distintas sociedades, y los gobiernos y organizaciones que conforman la comunidad internacional.

De allí en adelante, por supuesto, el debate no cesó, ni dejó de hacerse cada vez más complejo. Lo trascendente, sin embargo, es que se vio encauzado por una agenda común, y pudo así concentrarse en el verdadero problema fundamental que es, a fin de cuentas, el de la sostenibilidad del desarrollo de nuestra especie. No alude a otra cosa, en efecto, la demanda de desarrollo sostenible que hoy convoca a toda la comunidad humana a examinar bajo nuevas luces los vínculos entre las distintas dimensiones – social, económica, cultural, política, ambiental – de su propia historia en curso, que incluye en primer término la de sus propias relaciones con el medio natural del que depende a fin de cuentas nuestra existencia.

El futuro ya no puede ser visto como un mero horizonte de prosperidad material siempre creciente, al que nos acercamos constantemente sin alcanzarlo nunca en realidad. Sabemos, por supuesto, que están a nuestro alcance los conocimientos, la tecnología y los recursos necesarios para encarar y resolver con éxito los problemas del presente. Pero empezamos a entender con verdadera claridad que esa solución no provendrá de nuestras certezas y nuestras rutinas, sino de nuestra incertidumbre y nuestra creatividad.

Con esto, al entender mejor al futuro en sus desafíos, podemos aprovechar mucho mejor, también, los recursos de nuestro pasado. Aquí, en el plano de la cultura y en lo que hace a nosotros mismos, compartimos una trayectoria de indagación y reflexión sobre nuestra relación con el mundo natural que tiene un claro ejemplo en la cita de José Martí que abre este texto. Desde esa tradición de pensamiento, y ejerciéndola, compartimos hoy además las preocupaciones que inspira el hecho de que el desarrollo de nuestra especie discurra hoy por una circunstancia sin precedentes en su historia, marcada por una compleja crisis en sus relaciones con el entorno natural del que ha dependido y depende para su desarrollo.

No se trata de la primera crisis de este tipo en la historia de nuestras relaciones con el mundo natural. Otras crisis han tenido lugar en cada ocasión en que nuestra especie ha logrado crear medios capaces de incrementar su capacidad para intervenir en los ecosistemas de los que depende su existencia. Así ocurrió con la conquista del fuego y así, también, con la de la agricultura – esto es, de la capacidad para simplificar los ecosistemas para llevarlos a producir un número cada vez más limitado de especies vegetales de interés para los humanos -, y, más recientemente, con la de la energía contenida en los combustibles fósiles.

Esta última conquista – tan magistralmente descrita en sus logros y sus riesgos por John McNeill en su libro *Algo Nuevo bajo el Sol* – abrió sin embargo el camino a una situación enteramente nueva. Las crisis anteriores, en efecto, tuvieron en esencia un carácter local, y afectaron uno u otro conjunto de ecosistemas cada vez, pero nunca todos al mismo tiempo. La de hoy, en cambio, es una crisis global. Las anteriores fueron particulares, en el sentido de que afectaron a unas sociedades más que otras, y a cada una en distintos momentos. La de hoy, en cambio, es una crisis general. Las de ayer fueron graduales: los cambios que desembocaron en cada crisis se acumularon a lo largo de períodos muy extensos de tiempo, como los que llevaron del auge a la decadencia y el desastre a los reinos del mundo maya. La crisis nuestra, en cambio, es de una intensidad cada vez mayor, y en menos de dos siglos nos ha llevado una y otra vez a callejones sin salida en nuestra relación con la naturaleza.

Pero, y sobre todo, las crisis anteriores fueron ambientales, mientras la de hoy empieza a ser ecológica. Aquellas, en efecto, afectaron el ambiente creado por sociedades específicas en lugares específicos, y desembocaron en la restauración – a menudo degradada, sin duda – del viejo orden natural. Ahora, en cambio, nuestra especie ha alterado un número creciente de condiciones de funcionamiento del mundo natural, alterando la composición de la atmósfera de un modo que favorece un incremento en la variabilidad climática; desgastando la capa de ozono – e incrementando con ello la radiación ultravioleta a la que están expuestos todos los seres vivos – ; liberando en la biosfera enormes masas de productos artificiales, e interviniendo en todos los ecosistemas del planeta a una escala y con una intensidad sin precedentes.

Estamos alterando, en breve, los términos en que hasta ahora ha operado la evolución de la vida en la Tierra, que incluye nuestra formación y desarrollo como la especie que somos. Y es precisamente el impacto gradual que ello va teniendo en nuestras relaciones con las demás especies con las que compartimos el mundo lo que se expresa ya entre nosotros en formas nuevas del pensar y del hacer. Una de esas novedades consiste, por ejemplo, en la importancia creciente que adquieren formas nuevas de interrogar a la realidad, precisamente porque necesitamos como nunca antes respuestas innovadoras ante problemas sin precedentes.

Contra el optimismo ingenuo de nuestra fe de ayer en el poder de la tecnología, por ejemplo, se alza la evidencia de algunas verdades para las que quizás no estemos aún del todo preparados. A ellas corresponde, por ejemplo, la convicción creciente que nuestros problemas de relación con el mundo natural no tendrán soluciones rápidas, ni sencillas, ni permanentes, ni podrán esas soluciones forjarse a partir de las formas del saber y de la organización de la acción social que precedieron al descubrimiento de esos problemas, y de sus implicaciones.

Hemos ingresado, así, a un tiempo que demanda simultáneamente rupturas y continuidades. Rupturas con formas esclerosadas del saber y el hacer, que de súbito parecen tan obsoletas como las del Iluminismo del XVIII, y continuidades en el reencuentro con la gran tradición de reflexión crítica sobre el lugar de nuestra especie en la historia natural, que del Iluminismo acá se ha prolongado en la obra de Alejandro de Humboldt como en la de Carlos Darwin, Federico Engels y Vladimir Vernadsky, el gran ruso que en 1925 culminó en la noción de noosfera – el ámbito de la capacidad humana para conocer y transformar el mundo – el conjunto mayor integrado además por la geósfera – el ámbito de la materia inanimada – y la biosfera, el ámbito de la materia viviente.

El redescubrimiento y la renovación de esas formas del saber nos conducen necesariamente, además, a cuestionar las formas hasta ahora usuales del hacer. Siendo ese a fin de cuentas un ejercicio de reflexión crítica sobre los valores que subyacen a nuestras conductas, tanto individuales como sociales, nos conduce también a replantearnos los problemas del desarrollo en su dimensión ética, esto es, a considerarlo como desarrollo humano.

Esa dimensión tiene una importancia que apenas empezamos a descubrir. Ella nos lleva a razonar desde las posibilidades de cooperación antes que desde la inevitabilidad de las confrontaciones, y abre así oportunidades inéditas para el entendimiento entre grupos y sectores sociales cuya relación fundamental en el pasado ha sido sobre todo de enfrentamiento. El valor de estas posibilidades se hace aún más evidente cuando pensamos, por ejemplo, que dentro de un año se cumplirá el vigésimo aniversario de la publicación del informe *Nuestro Futuro Común*, que hizo de la sostenibilidad uno de los grandes temas de la cultura contemporánea, y que en el trasfondo de ese aniversario estará el hecho de que no han sido resueltos aún los

grandes problemas entonces señalados y, por el contrario, se les han sumado otros aún más complejos.

Hemos ingresado así a una circunstancia que hace obligante la cooperación entre la sociedad, la empresa, el conocimiento y los Estados si aspiramos realmente a encontrar solución a nuestros problemas del presente sin comprometer aún más los recursos que necesitarán las generaciones futuras para resolver sus propios problemas, como lo pedía el Informe Brundtland en 1987. Hoy sabemos mucho más que entonces, y disponemos de mayores recursos humanos, sociales, tecnológicos y financieros que nunca antes en la historia de nuestra especie. Poner los recursos al servicio de la solución de los problemas es el gran desafío de nuestro tiempo, dicho de la manera más sencilla posible.

Es desde esa perspectiva que el IV Encuentro Iberoamericano de Desarrollo Sostenible se ha propuesto examinar las necesidades y las oportunidades de cooperación entre Iberoamérica y Europa para la sostenibilidad del desarrollo humano. Para ello, se ha propuesto un enfoque multidimensional, y ha invitado a formular el marco de referencia para los debates que propone a destacados profesionales de ambos lados del Atlántico, de las más diversas trayectorias y especialidades. De este modo, se ha conseguido reunir aquí un conjunto de textos que explorar las oportunidades de colaboración para la sostenibilidad del desarrollo humano que hoy ofrece el amplio y rico espacio iberoamericano en campos tan diversos como la gestión del conocimiento, la gestión territorial, los desafíos que plantean el cambio climático y la necesidad de un cambio en el patrón energético que ha caracterizado a nuestra civilización, y las transformaciones en curso en la economía global.

La tarea de integrar esos aportes en un solo cuerpo de expresión y reflexión ha resultado por demás compleja. El resultado es una visión de conjunto, organizada en grandes temas – la sociedad, sus territorios, su cultura, sus desafíos -, que estimulará sin duda los aportes de todos, y que a todo aporte dará acogida. Esa visión nos presenta en nuestra diversidad que es, sin duda, la perspectiva desde la que mejor se aprecia la unidad fundamental de los propósitos y la cultura que compartimos. Empezamos, así, a ser uno nuevamente, como alguna vez lo fuimos en el pasado. En nuestro origen estuvo el del moderno sistema mundial, que nació del encuentro entre Europa y América en las playas de Guanahani. En nuestro encuentro de hoy bien podrá estar, también, nuestra mejor oportunidad de contribuir a la solución de los más complejos problemas que hoy enfrenta ese sistema.